



La Tradición

Actualidad de la revelación

En cuanto acontecimiento, la revelación no es un hecho pasado.

Dado que el objeto de la revelación es la manifestación personal de Dios podemos decir que la revelación es algo actual.

En Cristo Dios se manifiesta plenamente y Dios se manifiesta al hombre hoy y en cada tiempo. Podemos experimentar su acción en nuestra historia actual.

Él nos interpela con su Palabra poniendo al hombre de hoy en la exigencia de responder y confiar en Él y acceder así a su encuentro.

Jesús realizó además muchos otros signos en presencia de sus discípulos, que no se encuentran relatados en este Libro. Estos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo, tengan Vida en su Nombre (Jn 20, 30-31).

De esta forma, la historia no es parte accidental de la revelación, sino que constituye un elemento esencial. Esto es lo que podemos descubrir al revisar, de manera general, las etapas de la Revelación.

Importancia del Discernimiento

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea,

sino por el encuentro con un **acontecimiento**, con una **Persona**, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.

En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras:

‘Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna’ (cf. 3, 16) (DCE 1).

La transmisión de la revelación

Surge una pregunta:

si ser cristiano es encuentro con este acontecimiento fundamental,

¿cómo es posible que los cristianos e incluso los hombres de todos los tiempos puedan entrar en comunión con Él?

La constitución Dogmática *Dei Verbum* aborda esta realidad, dando cuenta de un proceso continuo que tiene su origen en el Padre y por Cristo, sujeto y objeto de la revelación , y pasa a la Iglesia, en primer lugar a los Apóstoles:

Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones.

Por ello Cristo Señor, en quien se consuma la revelación total del Dios sumo, mandó a los Apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio, comunicándoles los dones divinos. Este Evangelio, prometido antes por los Profetas, lo completó Él y lo promulgó con su propia boca, como fuente de toda la verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres.

*Lo cual fue realizado fielmente, tanto por los Apóstoles, que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del **Espíritu Santo**, como por aquellos Apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, escribieron el mensaje de la salvación (DV 7).*

Padre



Verbo
encarnado



Apóstoles



Sucesores

La tradición oral

La transmisión del Evangelio, según el mandato del Señor, se hizo de dos maneras:

- *oralmente: "los Apóstoles, con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó";*
- *por escrito: "los mismos Apóstoles y los varones apostólicos pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo" (CEC 75).*

El primer modo de transmisión de la revelación que menciona el Catecismo es la Tradición (CEC 75).

El catecismo la describe como una tradición oral, pero es fundamentalmente para distinguirla de la Escritura.

La Tradición en la Iglesia tiene su origen en Dios.

Nos llega por y en Cristo, por medio de todo el misterio de su vida, palabras y obras y sobretodo por su misterio pascual.

Cristo mismo, su misterio, es el fundamento de la Iglesia, lo que anima toda su vida y aquello que constituye su mensaje y su misión.

No es simplemente una idea, un discurso o un recuerdo:

es más bien poner a uno en contacto vital con Cristo.

Por esta razón es que el mismo Concilio *“insiste en que es toda la vida de la Iglesia lo que hay que transmitir, de tal manera que por la Tradición se conserva y se desarrolla no sólo la doctrina, sino la vitalidad de toda la Iglesia”*.

De esta manera, la tradición es:

culto,

enseñanza de los pastores,

el sentido de fe del pueblo de Dios,

la vida de los santos,

fidelidad y las formas siempre nuevas de vivir este depósito de fe

No dejarse confundir por tradición en sentido actual:

la noticia de un hecho antiguo transmitida de este modo o una doctrina, costumbre, etc., conservada en un pueblo por transmisión de padres a hijos (RAE).

La Tradición cristiana es poner en contacto actual con un acontecimiento hoy.

Puesto que la revelación automanifestación de Dios en Cristo para todos los hombres, es una palabra que no permanece vacía, ni es un simple recuerdo de la acción realizada por Dios en Jesús.

Ella es una interpelación personal hoy, lo fue ayer y lo será siempre.

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que les anunciamos.

Porque la Vida se hizo visible, y nosotros la vimos y somos testigos, y les anunciamos la Vida eterna, que existía junto al Padre y que se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa (1Jn 1, 1-4)

La Tradición será esta corriente vital por la cual en cada tiempo se entra en contacto con el acontecimiento cristiano fundamental que es

Cristo mismo,

en quien Dios se ha acercado definitivamente al hombre.



Por eso DV dice que *“lo que enseñaron los Apóstoles encierra todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe”* (DV 8).

Como ninguna época puede agotar la comprensión de la Tradición se puede decir que ella

“progresas en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo:

puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes que las meditan en su corazón;

ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales;

ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad” (DV 8).

El Espíritu Santo y el magisterio en la Tradición

Dos sujetos son importantes para mantener la fidelidad a la tradición.

El primero es el propio Espíritu Santo, como se veía en la última cita de la DV. Es El Espíritu de Dios mismo quien mantiene viva la Tradición y por quien lo dicho y hecho por Cristo es actualizado e interiorizado.



Además, el Espíritu es quien garantiza la recta y fiel transmisión de la revelación, asistiendo a la comunidad entera de los fieles en la profesión de fe y en el ejercicio de la vida cristiana. También asiste y guía de manera particular al Magisterio.

Y el segundo sujeto es el magisterio.

“El Concilio (DV 10) señala con claridad la unidad tan estrecha que hay entre el depósito de la fe (en la Tradición y en la Escritura) y el Magisterio de la Iglesia.

En efecto, el Magisterio es una realidad básica para que ese depósito subsista a lo largo de los siglos en su integridad y pureza apostólicas.

Pero **este magisterio, a su vez, no es autónomo** en relación con la Tradición y la Escritura. Está subordinado a la palabra revelada, oral y escrita, de la cual saca todo lo que propone para ser creído y vivido por la comunidad creyente” (O. Ruiz A., *Jesús Epifanía del Padre*, 239).

Por eso la Iglesia enseña que el magisterio es el **interprete auténtico** de la Revelación.

El Magisterio de la Iglesia lo ejerce el Sucesor de Pedro, obispo de Roma y los obispos en comunión con Él.

Éste goza de la infalibilidad que ha sido definida en el concilio Vaticano I (DH 3070).

